

Poder y superstición, y Freud como legítima defensa¹

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
(Universidad Complutense de Madrid)

Recibido: 11/09/2011

Aceptado: 15/11/2011

1. Sin estar obligados a pensar que lo que determinaba a Wittgenstein a tenerlas, y a hablarnos de sus experiencias religiosas, era simplemente la *añoranza del Padre*, como todos sabemos reza el estribillo freudiano tan característico (Dios sería la sublimación del Padre, y la raíz de toda formación religiosa la añoranza del Padre); recordemos ahora que para el filósofo también vienés se trataba con ellas, por ejemplo, del asombro ante la existencia del mundo, o de la absoluta seguridad de estar a salvo de todo peligro, o, sobre todo en su caso, de la convicción de que había algo que no iba bien con él tal y como era (la conciencia del pecado como punto supremo de la individuación, lo que pudo haber leído en su admirado Weininger). Añadiré la del parecerme sentir la presencia de un Dios-Padre tan poderoso y terrible, pero también amable, que lo único que puedes hacer por tu parte es *guardar silencio*, limitándote a disponerte a atender o recibir. Un Dios-Padre del que podemos pensar que simbolizaría la cruel limitación del ser humano, lo que no está en absoluto en su poder, o su estar entregado en cada momento a la muerte y la insignificancia.

A este tipo de experiencias, las llamadas religiosas, se llegaría, según parece y sobre todo, una vez que queda extinguido todo afán explicativo del sentido común y la filosofía –extinción por la que laboraría Wittgenstein con su nueva manera de entender la actividad filosófica–. Por ejemplo, como cuando tras el fallecimiento de alguien muy querido acabamos diciéndonos “¡es la voluntad de Dios!”, después de haber estado devanándonos los sesos en la desesperación del porqué (por qué ella y por qué ahora). Y la disposición sentimental característica de experiencias semejantes sería la de *awe* o *Ehrfurcht*, algo así como lo que viene a significar en nuestro idioma la expresión “temor reverencial”.

¹ Este texto corresponde a una ponencia presentada al Congreso E.D.I.P.O.: “Encuentro y debate interdisciplinar sobre psicoanálisis y sus objetos”, celebrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, del 14 al 18 de Marzo de 2011. Por otra parte, su elaboración se enmarca en el Proyecto de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación “Normatividad y Praxis. El debate actual después de Wittgenstein” (FFI2010-15975).

Pues bien, es evidente que experiencias así, las que Freud iba a denominar “oceánicas”, y no porque él las tuviera, sino atendiendo por ejemplo a las descripciones que de ellas le daba su amigo Romain Rolland –experiencias que podemos encontrar en personajes de muchas culturas y épocas, incluida la nuestra–, se hallarían muy expuestas, desde que el mundo es mundo, al peligro de ser utilizadas por los tiranos de turno para cimentar la condición de posibilidad de una autoridad absoluta y de una sumisión total de los seres humanos. Sobre todo ese Dios-Padre terrible, omnipotente, pero también, y a la vez, amable, habría vertido su identidad y su idea en el molde de todos los tiranos, que no por casualidad siempre son tiranos “por la gracia de Dios”. Y con las epístolas de Pablo de Tarso en la mano se podría justificar la tan increíble como lógica idea de que toda autoridad, por despótica e irracional que sea—hasta la de Nerón, cuando San Pablo escribía los textos primeros de la nueva fe—es una autoridad querida por Dios, *por definición*. Y es que el sentido más profundo del Cristianismo parece ser que es el de que la vida humana encontraría su último sentido en hacer la voluntad de Dios, en *querer lo mismo que quiere Dios*. Es decir, podría decir alguien interesado en decirlo, sobre todo por supuesto Nerón: *en querer a Nerón*, o a quienquiera que sea el que manda, y sea cual sea la manera en que mande. Porque mande quien mande y como quiera que mande, si manda o si existe mandando será sin duda *por algo*. En definitiva, porque Dios lo quiere, que, si no, no mandaría. Dijo alguien alguna vez que el sentido de la religión, en general, es reconciliarnos con la vida y con nuestra suerte en ella.

En realidad, al tomar tantas precauciones para que no se malentendiera como mera doctrina política de liberación de los oprimidos del mundo antiguo—o sea, al insistir, en sus albores, en que los cristianos en realidad habrían de santificar toda autoridad como por definición querida por Dios—lo que se estaba propiciando era la utilización o el uso político de la religión institucionalizada por parte de todo poder constituido. Lo cual en el fondo tiene que hacerse inevitable, por cuanto la voluntad de Dios, que debe ser la nuestra, tendrá por fuerza que ser la voluntad de Dios en cuanto interpretada por la voluntad de determinados hombres, *que querrían conseguir algo con la interpretación que ellos hacen* (aquellos hombres de la casta sacerdotal, supongamos, que si acaba estando constituida como tal casta, o institucionalizada, es lógicamente porque hace buenas migas con los poderosos).

Un aprovechamiento político así de la experiencia religiosa, *en el que por supuesto sí que se vendría a traducir la añoranza del Padre y por tanto a apoyarse en ella*, habrá de acompañar a la nueva religión institucionalizada *lo mismo que la superstición ha de acompañar a la religiosidad como su sombra*.

Y es aquí donde encajaría la lección freudiana de que su relación concreta con el Padre *da la norma* en la actitud del sujeto ante Dios y ante la Autoridad. Es decir, de ahora en adelante de lo que se tratará es de obtener el favor de la divinidad, y de la divina autoridad, y de evitar su cólera, ejecutando para ello acciones y profiriendo

do para ello discursos prescritos por las razones de la sinrazón. O sea, la religiosidad se degradará en su contrario, esa *superstición* que es la irreligiosidad del que pretende *negociar su beneficio con Dios*, y de la que Wittgenstein habría llegado a afirmar, además, que es la locura de los locos de la religión.

Ante la figura divina se disparan entonces las actitudes que marcan la debilidad humana, su peculiar fluctuación anímica, su característico no-ser: el vaivén del miedo a la esperanza. Recordemos que el lema de los estoicos, en el que condensaban su ideal del sabio, era precisamente el de *sin miedo ni esperanza*. Como si el pobre humano ignorante no pasase de ser como una rata de Skinner, que iría pulsando una tras otra todas las palancas que el mero azar ha hecho coincidir con la obtención de alguna recompensa de alguna clase. Como levantarse de la cama con el pie derecho para tener un buen día.

El sabio estoico escribiría sobre todo para los hombres sojuzgados por el Nerón o el Calígula de turno, el dios-emperador máximamente temido, pero también amado de esa manera tan falsa y odiosa de amar que consiste en hacer todo lo que se supone que le agrada al que nos tiene en su puño, para poder seguir viviendo. Pero el sabio estoico –como también el kantiano Freud, que pretendía a su manera instaurar la dictadura del *lógos* en nuestras vidas– nada más que adora a la razón; es decir, intentará hacernos felices eliminando nuestras supersticiones, o que dejemos de ir y venir del miedo a la esperanza para reconocer la necesidad de lo que sucede, y aceptarla. En cambio, esos que aceptan sin más la autoridad de todo Nerón como querida por Dios (pretendiendo incluso amar a Dios en Nerón, querer a Nerón, entendiendo que Dios ha querido a Nerón), obligarán a los hombres a consumir sus días interpretando la voluntad del tirano, para agradaarle y no contrariarle nunca. Y como la voluntad del tirano no es de verdad voluntad sino capricho, los que aspiran a interpretarla para adaptarse a sus giros se debatirán con angustia toda su vida entre el miedo y la esperanza. Porque lo que quieren en definitiva es ganarse a Nerón o el amor de Nerón: otro sentido, pero éste bien plebeyo, de *amar a quien nos hace el mal*. De todos modos, estoicos y cristianos podemos decir que *se resignan*. ¿Los psicoanalizados también?

En la obra freudiana es cierto que encontraríamos numerosas referencias a la superstición, sobre todo en relación con aquellos que padecerían la llamada neurosis obsesiva. Pero ni en Freud ni mucho menos en Wittgenstein hallaremos la ingenuidad característica de la consideración meramente ilustrada de la superstición. El primero nos confiesa que en lo referente al significado de los sueños se habría puesto del lado de la vulgar superstición, y en contra de la opinión de los médicos de su tiempo; y que por otra parte, pero en un sentido similar, el estudio de los lapsus y las parapraxias le habría enseñado a intuir las intenciones ocultas de las personas, y por lo tanto a saber prever sus acciones, de un modo que se negaría a reconocer abiertamente, por temor a que le tildaran de supersticioso. Freud además nos cuen-

ta en una ocasión la historia de un hombre que, recién casado y viajando con su mujer en un tren de viaje de bodas, se bajó en una de las paradas a estirar las piernas y echar un vistazo a un pueblo antiguo, de manera que se despistó, y cuando se quiso dar cuenta el tren había reanudado su marcha llevándose a su mujer. Una vieja supersticiosa auguró al conocer la historia que ese matrimonio no tenía futuro. El psicoanalista habría dicho lo mismo, pero sobre la base del conocimiento de los deseos inconscientes del sujeto, los cuales son en todo caso *razones*.

Tanto Freud como Wittgenstein encontraron motivo de reflexión en la obra del antropólogo Frazer. Como se sabe, el fundador del Psicoanálisis no se satisfizo con su simplista constatación, que se pretende explicativa, de que la superstición del miedo al espíritu de los muertos, por ejemplo, sería propia de la humanidad primitiva y antigua; mientras que el segundo le reprochará su absoluta falta de comprensión, su estrechez de espíritu. Por ejemplo, quemar a alguien en efigie, o besar la imagen de la persona amada, no son *técnicas supersticiosas*, no se basarían en absoluto en ninguna estúpida creencia en un determinado efecto de estas acciones en el objeto representado. En sentido estricto, este tipo de acciones no se propone nada, simplemente actuamos así y nos sentimos satisfechos. Y al espíritu humano le sorprende el fuego, o la similitud del fuego con el sol, pero *no* porque no pueda explicar estos fenómenos, esa sería precisamente “*la estúpida superstición de nuestra época*”: ¿es que acaso serían menos sorprendentes si se pudiesen explicar?

Es decir, para Freud lo que pasa por superstición podría tener en muchos o en todos los casos una explicación racional que su psicoanálisis podría perfectamente alcanzar; mientras que para Wittgenstein lo que es una superstición, *nuestra* superstición de hombres modernos, es que si algo nos asombra es siempre simplemente porque no lo podemos explicar todavía. Es decir, nuestra superstición sería que todo tiene que tener una explicación.

Pretender negociar *sentimentalmente* con la Autoridad arbitraria del Tirano, *con objeto de no perder su amor*, para ponerme a bien con su voluntad, que es como el Azar o el Destino, y poder conservar de este modo el pellejo, constituye una actitud esencialmente supersticiosa, proveniente del miedo esencial que nos constituye, característica del absoluto desamparo humano originario. *Característica del niño obvio*. Pero detrás del capricho de Calígula no habría voluntad ninguna, del mismo modo que el Azar no sigue patrones fijos: no habría en absoluto *ley*, sino que la regularidad no es más que un aspecto del desorden. (Lo que no quita que haya método en la locura, ya se sabe). No hay en rigor nadie a quien amar una vez que separamos lo que quiere el tirano, por la sencilla razón de que nunca lo vamos a saber, sino sólo un fantasma al que habrá que seducir como se pueda para que no acabe con nosotros.

El Jefe insinúa o a veces hasta dice que te quiere, los que mandan *de manera no racional* se nos presentan con el título y el derecho a mandar en nosotros que les

daría según ellos el hecho indiscutible de su amor por nosotros. Se nos presentarían en el fondo como padres nuestros; de manera que es su amor por nosotros lo que les exigiría la corrección paternal de nuestras pertinaces desviaciones. Es decir, puesto que el Jefe nos quiere—o quiere a la Madre Patria, que es decir lo mismo pero yendo más a lo hondo familiarmente—, y nos lo demuestra cuidándonos y dándonos su amparo y protección, tendría entonces todo el derecho del mundo a que nosotros le quisiésemos, y se lo demostráramos en obras y palabras de obediencia filial. Claro que el Jefe se estaría poniendo en todo momento en el lugar del Padre. Y ese lugar del Padre sería para la superstición organizada el mismo lugar que el de Dios el omnipotente: el descubrimiento psicoanalítico sobre la religión institucionalizada, o mejor, el descubrimiento freudiano sobre la superstición disfrazada de religión, es que Dios sería en realidad el Padre, o que Dios es la sublimación del Padre.

Aspiraría el Autócrata a ser en nosotros el mayor de los pesos; o sea, la carga que *se asume como propia*, en el sentido de constitutiva de lo que nosotros mismos verdaderamente seríamos. Lo que nos daría *pondus*, decía San Agustín, pero, en su caso particular, pensando naturalmente en Cristo crucificado.

Y hoy por ejemplo todos hablan de la “inteligencia emocional” como de la inteligencia suprema y auténtica (no como esa “inteligencia intelectual”, en el fondo devaluada por aburrida e incomprensible, y por tanto cedida a los llamados expertos, que hacen cosas admirables porque son muy útiles, pero que cualquiera las entiende)—, y hablan tanto todos de la inteligencia emocional tal vez también porque vivimos en una época en que lo que les ocurre a los que mandan es que quieren mandar *en la dimensión de la profundidad*, es decir, mandar sin que su mandar se note como tal mandar, o sea, ser autoridades sobre todo *por lo mucho que nos quieren* a todos sin distinción. Porque contra las razones del corazón o del amor, ya se sabe, no habría rebelión que valga, a no ser la de los descastados. Sólo el amor merece absoluta confianza. De manera que su ser autoridades no consistiría en otra cosa que en el hecho de que no se pueda discutir que les debemos querer, puesto que ellos nos quieren. No se trata tanto, entonces, de que sus decretos sean intelectualmente convincentes por causa de su realismo pragmático, o porque nos sitúan ante necesidades que tendrían todo el viso de ser tales, necesidades de las que se puede argumentar con cierto rigor que no vienen inventadas para la utilidad y la ventaja de quien las esgrime contra nosotros con el fin de que nos ajustemos a sus decretos. Que estos sus decretos no son meros decretos de su voluntad o peor, de su capricho, en suma. Sino que se trataría de la palabra del amor, la palabra del amor que entonces nos penetraría de cabo a rabo, nos movilizaría desde el fundamento, una palabra que nos envuelve, que es infalible porque, como apuntaba Marx en una ocasión, el amor de verdad, que es el que no es impotente, despierta amor necesariamente. Aspiraría entonces el Jefe a despertar en nosotros el amor, nada menos, o sea, a quedarse con todo, a *quedarse con nosotros*.

Y no solamente el Jefe, está claro, en nuestros días también las grandes empresas, lo que se echa de ver en sus campañas publicitarias. Salchichas Campofrío en realidad nos quiere, Paladín a la Taza lo que ocurre es que nos quiere, lo que le pasa a Alfonso Domínguez es que nos quiere... y esa es la razón, y no otra, de que produzcan tan espléndidos productos, porque están comprometidos con nuestra felicidad y la de nuestra familia. Como ese empresario de la restauración que al final tuvo que acatar muy en contra de su voluntad la ley antibacoco porque, si no, ya no iba a poder seguir alimentando a las familias de sus diecisiete empleados.

4. En la religión se operaría según Freud una renovación regresiva de los poderes protectores de la infancia. Regresión que nos va a ahorrar, a costa o a cambio del “prohibido pensar” (ese *Denkverbot* tan de todas las épocas con diferentes disfraces), todos los rigores y las angustias del complejo parental. El pensamiento del hombre religioso, por otra parte, no pasaría para el freudismo de ser pensamiento desiderativo, esto es, un conjunto de creencias que habría que llamar delirantes en tanto absolutamente determinadas por el deseo (en terminología freudiana, son una *ilusión*, pero ilusión colectiva organizada institucionalmente). De forma que, en conclusión, la religión fijaría al hombre en un lamentable pero cómodo infantilismo psíquico, cuya clave no es otra que el narcisismo.

Ahora nosotros nos limitamos aquí a hacer la ampliación lógica: Papá y Mamá, el amor y la voluntad de papá y mamá, asomarían la cara en las explicaciones de los sacerdotes pero también en las de los políticos, y en los decretos de los sacerdotes y también en los de los políticos. Las dos primeras palabras *dadas a entender* por toda autoridad constituida que pretenda afianzarse en lo profundo, dirigidas a ese fruto tardío del desarrollo social que es el individuo, son las de “te quiero”, simple y llanamente. Los que te tienen en sus manos te quieren, alégrate. Sería el destello engañoso del amor de los padres, el recuerdo deformado del amor de los padres, el núcleo de todo poder que pretende imponerse como si no lo fuera, en la dimensión de la profundidad: *te quiero, por tanto debes...*

Porque, a fin de cuentas, lo que el individuo teme entonces del Poder, desde el mismo momento en que se le dan a entender esas palabras, y lo teme sólo *supersticiosamente*, que es lo mismo que decir esencialmente, y por tanto lo que le podría llevar hasta la sumisión más abyecta, no es otra cosa que lo que iba a descubrir Freud: lo que teme el individuo no es sino el abandono, el desamparo, la *pérdida del amor*. Como si al niño sus padres lo pusiesen en la calle. El individuo lo que teme es quedar igual que Job, arruinado, destruido, entregado a la muerte, hecho una pura llaga dolorosa desde los talones a la coronilla. Quedar igual que Job en su desamparo absoluto, cuando Jehová presumía ante “el Satán” de la conformidad a toda prueba de su mejor siervo, abandonando a su siervo, para demostrárselo, al último extremo imaginable de la soledad, la miseria y la desesperación. Lo que el niño pequeño teme sobre todo es que sus padres *le dejen de querer*, ¡porque enton-

ces...! Y el niño pequeño no es desde luego como Job, no tiene la fuerza y el valor de Job, la inagotable alegría de Job, tan profunda y oculta pero tan operante. *Como si el niño pequeño estuviera hundido en la superstición, rata skinneriana.*

5. Aunque me consta que hay psicoanalistas que niegan esta posibilidad—quizás porque siguen a Lacan, y Lacan estaba convencido de que la pretensión de autonomía no sólo es una pretensión imposible sino que en el fondo sería el delirio de los delirios, o el delirio constitutivo del hombre moderno—, tal y como yo la veo, lo que me gustaría recuperar de la obra freudiana, no sólo pero casi por encima de todo, son los importantes elementos técnicos que contiene en orden a hacer posible un *relativo* disponer de sí, lograr una cierta libre disposición de nosotros mismos, o la blandísima “dictadura de la razón”, o el jamás definitivo dominio de nuestra naturaleza pulsional. Es lo que habría que llamar la ilustración freudiana, entendida sobre todo como dispositivo técnico que nos va a permitir, cuando se culmina exitosamente, tomar una decisión sobre nuestra trayectoria vital. Ilustración que Freud concibe simplemente como una parte importante del proyecto científico moderno, proyecto que para él es el único que puede aspirar con un cierto fundamento al dominio de la pulsionalidad (*die Beherrschung unserer Triebhaftigkeit*) que sería la meta final de la cultura.

Así que la pregunta decisiva no sería: ¿para qué me querrán querer a mí todos estos que vienen a mí tan solícitos, tan extrañamente cariñosos? Porque eso está clarísimo. Sino antes bien: ¿por qué tiendo a alegrarme yo tanto al imaginarme que efectivamente me quieren todos estos? ¿Por qué me ponen con tanta facilidad, una y otra vez, a un paso de creérmelo, y por lo tanto de quererles yo a ellos, que no los conozco casi de nada y muy poco tengo que ver con ellos?

El curso pasado tuve la suerte de ir a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Valencia a exponer un trabajo sobre la tan diferente consideración que Nietzsche y Wittgenstein habrían tenido del significado de la figura de Jesús de Nazareth. En mi exposición me refería con entusiasmo al entusiasmo religioso de Wittgenstein en sus diarios, cuando se refiere a Jesús simplemente como “el perfecto”. En el coloquio posterior, el profesor Toni Defez, de la Universidad de Girona, con ese escepticismo tan saludable del *seny* catalán, nos dio a todos el consejo de dedicar un rato, cada noche antes de conciliar el sueño, a recordar a papá y a mamá, a revivir algo de lo que nos quisieron y de lo que les quisimos y queremos. Creo que este excelente consejo lo firmaría un freudiano tal y como yo lo entiendo, o sea, alguien que busque de esa manera técnica la blanda dictadura de la razón. Porque la superación del infantilismo psíquico es lo mismo, precisamente, que liberarnos de la nostalgia del Padre, y de la Madre; y la consiguiente liberación de todos esos destellos ilusorios de las figuras parentales que nos arrojan los que mandan y los que venden. Y esta magna liberación, la que transforma al niño en adulto, sólo llega cuando por fin comprendemos que nuestros padres eran o son únicamente nuestros padres, justa-

mente esos, los nuestros, sólo esos, y punto. Por eso la superación del infantilismo significa freudianamente la “resignación ante la muerte”, la muerte de nuestros padres, en primer lugar, y nuestra propia mortalidad en segundo término. En lo que insiste en su trabajo uno de nuestros estudiantes del Máster de Psicoanálisis (Jorge Antolín Gordillo): se trataría de saber elegir al hombre en duelo, dejando de lado al hombre melancólico. O de elegir la vida al aceptar la muerte, en vez de quererlo todo, que es matarse. Y tal saber es el psicoanalítico.

Con todo ello tiene que cambiar nuestra actitud ante la autoridad porque cambia nuestra actitud ante la vida. Ya no somos supersticiosos: ni miedo ni esperanza.